

ASCENSO

Cierra la puerta del cuarto de fotocopiado con un azotón capaz de inaugurar toda la existencia: tira las hojas que trae en la mano. Se agacha torpe, se pisa la corbata, vuelve a derramar las copias, las acumula en un amasijo mitocondrial entre sus brazos. Respira apenas lo necesario para correr tres pisos hasta la sala de juntas: lo esperan las columnas mayores del par-tenón corporativo y no debe demorarse más. Llega tarde: cuando alcanza el séptimo piso ve una larga fila de sacos carísimos salir por la puerta del inmenso salón como si se tratara de una maquila electrónicamente sincronizada: apretones de manos, palmadas en la espalda, risotadas obesas. En medio de aquellas papadas y zapatos lustrados alcanza a ver un rostro conocido a lo lejos y se siente de pronto encerrado en un espejo perdido al fondo de un pasillo: cada gesto, cada movimiento, cada intención de aquel hombre es efectivamente el suyo propio; incluso la corbata que lleva es la misma, la calva idéntica; la piel se ve gelatinosa, como se vería un espejo tras una cortina

de agua o una amiba bajo el microscopio. Duda; pero, bajo la gran puerta, rodeado de muy palpables kilos de inversiones a la alza, el otro lo observa y desde allá, desde lo que parece el otro lado del universo, sonrío y le guiña un ojo a él, tintinante de tanta lejanía pero directamente a él, como si nada se le estuviera poniendo borroso.

Ante todo es un ejemplar bien aceitado, un trabajador de esos que no toman más de una hora de comida y jamás sacan punta a un lápiz antes de que el anterior se gaste hasta la goma. Es, podría decirse, ejemplar. Así que, borroso y todo, cuando el jefe — ese colosal costal que mide lo que muchos hombres juntos— le ordena sacar un nuevo juego de copias para una nueva pero igual de importante junta, asiente enérgico. Diluyéndose, apenas pondera lo extraño que sería que alguien lo hubiera escogido justo a él como molde para ponerse a hacer clones. Pero, ejemplar, bien aceitado, desecha de inmediato la fantasía y vuelve medio corriendo al cuarto de fotocopiado.

Encuentra la habitación previsiblemente helada y oscura. Acogidos por el aire acondicionado que mantiene óptima la temperatura de operación (muy por debajo de la necesaria para sostener cualquier clase de vida animal o vegetal), encerrados en una habitación sin ventanas, conviven allí la máquina de las copias, los armatostes con forma de ataúd que contienen variados circuitos y los cables para que correos electrónicos y programas de toda clase se ejecuten sin problema en todo el edificio. No puede evitar sentirse en una cueva o un templo: entra despacio sin hacer ruido; pulsa los botones, se frota los brazos; de la máquina salen las hojas con el ruido de una puer-

ta giratoria, blancas y negras, llenas de letras; exhala un vaho invisible mientras nota entre los cables un millar de lucecitas que, parpadeando, parecen observarlo desde otros espejos. Tiembla: desea no salir del cuartito de las copias nunca más.

Azota la puerta con la fuerza de quien nunca antes ha azotado una puerta: tira las hojas. Al agacharse se desploma, gruñe, se pisa la corbata; vuelve a derramar las copias, las arruga entre sus brazos. Refunfuñando se arrastra hacia la sala de juntas: lo esperan las columnas deslavadas del Partenón corporativo y no debe demorarse más. Antes de dar la vuelta sobre el pasillo del séptimo piso alcanza a ver una larga fila de sacos limpios salir por la puerta amaderada del salón como si se tratara de una maquila ruidosamente efectiva, un montón de despedidas medio preocupadas, sonrisas mustias. No alcanza a ver más: de improviso se le atraviesa un bulto cargado de copias plantado como si nada, como dolmen. Al intentar un reclamo enmudece como película de colores viejos: el gesto, las lucecitas tintinantes en los ojos, los grises sobre los hombros son efectivamente los suyos propios; incluso la corbata que lleva es la misma, la calva idéntica. El otro lo mira apenas de reojo y, desde lo que parece el lado opuesto del universo, le hace un gesto con la cabeza, directamente a él, como si nada se le estuviera poniendo borroso. Casi desvaneciéndose quiere tocarlo, ver si esa otra versión de su selva es real; no tiene tiempo: una manada de encorbataados se le abalanza desde la sala de juntas, casi cargando en hombros multiformes al jefe —ese colosal costal que mide lo que muchos hombres juntos—, que le ordena sacar un juego de copias para una nueva pero

casi tan importante junta. Ante todo es un ejemplar funcional, así que vuelve medio corriendo al cuarto de fotocopiado, dudando de todo a medias. Arrastra los pies y apenas tose al entrar; pulsa los botones, se frota los brazos; de la máquina salen las hojas con el ruido de una llovizna sobre la ventana, gris oscuro, llenas de letras medio borrosas; exhala un vaho invisible mientras lo iluminan un millar de lucecitas. Se le erizan los pelos: desea no volver a salir del cuartito de las copias nunca más.

Con rabia primaria azota la puerta. Tira las hojas. Cae sobre el rostro al intentar agacharse. Se pisa hasta las mangas. Bufo. Vuelve a derrumbar las hojas. Recoge la mitad, hechas bola. Como perezoso se balancea en los barandales hacia el séptimo piso. Hace con los pasos arcos tan lentos que parecen danza. Arrastra los brazos por la pared de tirol, lento, lento, lento. Lento: lo esperan los crocantes pilares del partenón corporativo. No debe demorarse. Tanto. Un piso antes de llegar escucha a lo lejos frases telúricas, reclamos tronando como rocas desplomándose rítmicas. Apenas voltea: un alud de deshechos nudos de corbata lo arrastra por el caracol turbio pintado de salidas de emergencia. En medio de los rostros descosidos alcanza a ver un ojo parpadeando, una calva idéntica a la suya; lo mira y no le queda duda: el gesto diluido en medio del alud es el suyo propio. El otro lo mira desesperado, levanta una mano de colores deslavados desde la inevitable corriente, le grita algo a él, directamente a él, como si nada se le estuviera poniendo borroso. No escucha: con la panza volcánica convulsionándose contra el aire, el jefe —ese colosal costal que mide lo que muchos hombres juntos—

le ordena sacar un nuevo juego de copias para una nueva pero tediosísima junta. Siguiendo el instinto de la lógica busca otros rostros como el suyo en la corriente, otros espejos de agua; pero ante todo es un animal capaz de entender instrucciones, así que vuelve de inmediato al cuarto de fotocopiado arrastrando los miembros como puede. Entra dando tumbos arrítmicos; pulsa los botones, se frota los brazos; de la máquina salen las hojas con el ruido de insectos reproduciéndose, grises, llenas de letras que casi no se ven; exhala un vaho invisible mientras lo iluminan intermitentes un millar de lucecitas. Desea no salir del cuartito de las copias. Nunca más.

Azota la puerta como quien desata el séptimo infierno: tira las hojas, se pisa la mano, derrumba otra vez las hojas, recoge dos hojas, lleva las hojas con la boca. Tiene alguna lucidez para dirigirse a cuatro patas a las escaleras: las columnas destechadas del partenón corporativo lo esperan en el séptimo piso; puede ir sin prisa, con la lengua de fuera. En cuanto pone la garra sobre el primer escalón, escucha sobre él una catarata de bolsas desplomándose, de acciones depreciadas y bancarrotas. Agacha la cola antes de que el torrente lo arrastre. Desde algún lugar de la corriente lo alcanza una mano, una mano idéntica a la garra que ya se lame, un grito desfigurado desde el otro lado del mundo trata de decirle algo en una lengua que no entiende. Se reconoce en el torrente de lenguas muertas una, mil veces, incontables, como si el torrente y el mundo fuera su rostro partiéndose en dos y luego en ocho y luego en un millón, mientras el brazo ajeno que es el suyo propio lo aprieta con la fuerza de una cueva derrumbándose. Le cae encima

como peñasco el jefe —ese colosal costal que mide lo que muchos hombres juntos— y le ordena sacar un nuevo juego de copias para una junta inútil pero inevitable. Ante todo es un animal con instintos que conoce desde siempre los secretos laberintos de selvas y espejos, así que vuelve al cuarto de las fotocopias con la cola gacha, pulsa botones con el hocico, gime, se frota los brazos, de la máquina salen hojas con el ruido de una brisa helada, casi blancas, las lucecillas parpadean emitiendo mensajes que él ni siquiera intenta ya comprender. Se enrosca: desea no salir del cuartito nunca más.

Se arrastra desde lo negro por debajo de la puerta del cuartito de las copias: envuelve las hojas y con su cuerpo molusco imita una forma humana. Se sacude las solapas, la camisa, se acomoda el nudo de la corbata y echa a andar con paso óseo rumbo a la escalera: las ruinas del partenón corporativo lo esperan en el séptimo piso con la paciencia de cien columnas hechas polvo. Sube tres pisos de silencio microscópico, como amiba nadando en medio de un río de cadáveres; da la vuelta en el pasillo vacío, atraviesa la gran puerta de madera. Encuentra la habitación previsiblemente helada y oscura. Acogidos por el aire acondicionado que mantiene óptima la temperatura de operación (muy por debajo de la necesaria para sostener cualquier clase de vida animal o vegetal), encerrados en una habitación sin ventanas, conviven allí decenas de cuerpos de corbata perfecta y rostro blanco como hoja virgen, en sus ojos lucecitas tintinantes. No puede evitar sentirse en una cueva o un templo: gelatinoso, ocupa la silla principal pensando que dentro de poco saldrá y se mirará a sí mismo al fondo del pasillo, que

le sonreirá y le guiñará el ojo a su propio rostro que lo observará borroso como fotocopia con poca tinta. Una chispa le recorre la espina dorsal que no tiene: desea no salir de la sala de juntas nunca más.